

Una Tradición de Acción de Gracias Basada en la Presencia

Por: José Daniel Montañez

La Iglesia de Dios Central de San Antonio, también conocida como Central Church of God in San Antonio, es una de las congregaciones latinas más antiguas de la ciudad. Se encuentra en el suroeste de San Antonio, una zona que históricamente ha recibido poca inversión y atención y donde muchas de las familias de la comunidad, así como de la propia iglesia, enfrentan condiciones persistentes de pobreza. Aun así, la generosidad ha sido un pilar fundamental de la identidad de la congregación. Entre todas sus iniciativas, considera que uno de sus ministerios más significativos es su Almuerzo Comunitario Anual de Acción de Gracias.

Lo que comenzó en 2006 como un sencillo acto de gratitud se ha convertido en una tradición que forma parte de la identidad de la congregación.

Aquel primer año se sirvieron 300 comidas. El presupuesto era limitado y no había patrocinadores corporativos. Sin embargo, la iglesia contaba con algo que consideraba aún más poderoso: una comunidad de fe convencida de que la verdadera fe se demuestra con hechos.

Los miembros donaron pavos. Las familias compartieron sus recetas. Los jóvenes prepararon las mesas. Los niños hicieron carteles con versículos bíblicos. Desde el principio, todo fue donado y preparado por la propia congregación. Cada pavo horneado, cada plato servido y cada postre entregado se convirtió en una expresión manifestación del amor de Dios.

Con el paso de los años, el proyecto creció no solo en número, sino también en impacto. La comunidad comenzó a esperar ese día con entusiasmo. Para muchos vecinos, no se trataba simplemente de recibir una comida gratuita, sino de encontrar un lugar donde alguien los miraba a los ojos, los escuchaba y les hacía sentir que eran valorados.

Cada noviembre, la congregación dona y prepara con cariño más de 40 pavos para compartir con la comunidad. Desde muy temprano, la cocina se llena de vapor, risas y oraciones. Mientras unos cocinan, otros organizan las mesas y otros más oran por cada persona que cruzará las puertas de la iglesia. Para la congregación, cada acto de servicio es también un acto de adoración.

En 2025, la iniciativa celebró veinte años de servicio y se sirvieron 875 comidas. Sin embargo, la importancia de este crecimiento fue mucho más allá de las cifras; representó el fruto de un compromiso constante con la comunidad. Ese año, además de ofrecer comidas calientes, se ofrecieron espacios de oración donde los voluntarios escuchaban historias de dolor y esperanza. También se distribuyeron ropa,

abrigos, zapatos y artículos de higiene personal. El almuerzo se había transformado en una expresión integral de cuidado, compasión y acompañamiento.

Una madre de cuatro hijos describió así su experiencia: "Los miembros de la iglesia te tratan con respeto y con mucho cariño. Siempre están pendientes de uno y nos hacen sentir como parte de su familia. En cada evento encontramos comida, ropa y, sobre todo, mucha alegría. Mi familia y yo nunca faltamos."

Sin embargo, mantener este ministerio no ha sido sin falta de desafíos. La pandemia transformó por completo la manera de servir. Las mesas compartidas fueron sustituidas por un servicio de entrega a los vehículos y los abrazos quedaron en pausa. Con mascarillas y guantes, los voluntarios repartían las comidas por las ventanas de los automóviles. Aunque el ministerio nunca se detuvo, la distancia física hizo sentir la ausencia del contacto y la convivencia que siempre habían sido parte de esta tradición.

Muchos miembros extrañaban sentarse junto a sus vecinos, conversar y compartir tiempo cara a cara. Aun así, la iglesia nunca dejó de servir. Se adaptó responsablemente a las circunstancias y continuó atendiendo a la comunidad, demostrando que el amor siempre encuentra la manera de hacerse presente, incluso cuando las circunstancias limitan el contacto.

Cuando la pandemia quedó atrás, regresaron las mesas llenas, las conversaciones y los círculos de oración. Los niños volvieron a correr entre las sillas, y la iglesia, junto con la comunidad, redescubrió el valor de compartir la vida en presencia unos de otros.

"Cada noviembre, la congregación espera con entusiasmo la llegada de este evento," afirma el pastor principal de la iglesia, el reverendo José Daniel Montañez. "Este almuerzo nos recuerda que la Iglesia está llamada no solo a reunirse para adorar, sino también a servir a su comunidad. Es una oportunidad para compartir el amor de Cristo de una manera práctica y cercana."

En los últimos años, este ministerio ha seguido ampliando su alcance. Como no todas las personas podían llegar hasta la iglesia, la iglesia decidió ir hasta ellas. Un equipo de voluntarios comenzó a llevar comidas de Acción de Gracias a personas sin hogar en el centro de San Antonio. Debajo de los puentes y a lo largo de las aceras, los voluntarios fueron testigos del profundo agradecimiento de quienes recibían no solo una comida, sino también el regalo de una presencia sincera y compasiva.

Veinte años después de aquellos primeros 300 platos servidos, la iglesia está convencida de que su Almuerzo Anual de Acción de Gracias ha alimentado tanto el cuerpo como el corazón de quienes participan. Ha fortalecido relaciones, ha abierto puertas para conversaciones significativas y ha sembrado esperanza en medio de realidades complejas.

La Iglesia de Dios Central de San Antonio no ha sostenido este ministerio gracias a recursos externos, sino por la firme convicción de que, cuando el pueblo de Dios comparte lo que tiene, siempre es



suficiente. Cada pavo donado, cada hora de servicio y cada oración ofrecida han sido una silenciosa declaración de fe.